

LA METÁFORA EN LAS DESIGNACIONES DE LA LLUVIA

ELVIRA FIDALGO FRANCISCO

«No existe, desde luego, una conexión evidente y naturalmente dada entre las cosas y los sonidos con que se nombran. Pero tampoco se establece esta conexión por acuerdo puramente arbitrario. Más bien los nombres indican la posición de una comunidad respecto de las cosas del mundo circundante. Los nombres son un medio con que la comunidad se las entiende con este mundo, lo clasifica y lo interpreta. Para ello depende tanto de la constitución de la vida anímica humana y sus respuestas a las impresiones del mundo, como también de la situación espiritual y cultural en que se encuentra en cada momento. La relación de los nombres y las cosas no está naturalmente ni arbitrariamente establecida; está condicionada por la historia del espíritu»¹.

No debe, pues, extrañarnos que para fenómenos tan cotidianos como la lluvia, independientemente de la intensidad de la precipitación, la fantasía popular haya recurrido a denominaciones tan dispares como insólitas a veces, haciendo uso de un procedimiento regular y corriente para crear designaciones gráficas cuando el nombre que generalmente indica dicho fenómeno no es lo suficientemente expresivo, o simplemente que por el desgaste del uso ha dejado de serlo, como es el de la «traslación» o desplazamiento del significado.

Definir lo que es exactamente un «desplazamiento del significado» tropieza con el primer escollo en la propia determinación de la palabra *significado*. Sin querer entrar en mayores profundidades, una definición como la de Berruto² hace suponer que cada significante, cada

1 PORZING, W.: *El mundo maravilloso del lenguaje* (Problemas, métodos y resultados de la lingüística moderna) Versión castellana de Abelardo Moralejo) Gredos, Madrid, 1964, pág. 57.

2 «Significado es algo que se comunica mediante la transmisión de un mensaje o, en un sentido aún más amplio, es la información que algo que se interpreta como un mensaje proporciona a un intérprete. En el caso de las lenguas, significado será la totalidad de información que un mensaje lingüístico transmite o puede transmitir; en otras palabras, aquello que si conocemos una determinada lengua, asociamos con un significante que pertenezca a dicha lengua».

BERRUTO, G.: *La semántica*. México, Editorial Nueva Imagen, 1979, pág. 47.

palabra, en un lengua pertenece a una esfera donde se la emplea regularmente para designar algo, concepto o cosa, y siempre lo mismo. Al sacar dicha palabra de su esfera, ésta adquiere un empleo «traslaticio» por medio de una «traslación» o transferencia de significado: la palabra quedaría utilizada con un significado distinto a su significado «normal».

Tradicionalmente se distinguen tres categorías principales de transferencia de significado: la metonimia, la sinécdoque y la metáfora, con un mecanismo de transferencia común, es decir, regidas por las mismas «reglas», según las cuales una palabra sustituye a la habitual en un determinado significado, fundándose en un parentesco de « semejanza » en base a la siguiente cadena: la palabra X, utilizada correctamente para designar el referente x, es usada para designar el referente y (al que, a su vez, puede corresponder o no una palabra «habitual»), como lo explica Pottier³.

Esto es lo que ocurre con ciertas denominaciones de la lluvia precipitada con diferente intensidad que, si bien perfectamente admitidas hoy como tales, sufrieron en su origen un proceso de traslación de significado y, más concretamente, una metáfora.

No se trata de un fenómeno aislado que funcione únicamente en una determinada lengua, sino que, como seguidamente veremos, el proceso es válido en gran parte de la Romanía⁴. Pensemos, por ejemplo, en la cantidad de designaciones diferentes que del «chaparrón» surgen al asociar la «lluvia recia de corta duración» (así lo define el *DRAE*⁵) con palabras que indican o hacen referencia a una acción violenta y repetida, como puedan ser «golpe», «golpear» y similares. La dirección seguida por los sustantivos y verbos desde su significado habitual hasta el nuevo adquirido parece fácil de rastrear. La clave reside en la violencia y la rapidez, impresiones intermedias entre el significado inicial de los términos que hemos escogido y el sentido de «chaparrón» que acabarán adquiriendo, y que serán las propiedades que se pondrán de relieve al efectuar la traslación. Con este sentido podemos llegar sin demasiada dificultad a la noción de «lluvia violenta» que, ciertamente, golpea la superficie sobre la que cae, y de cuya acción suele desprenderse un ruido grave y seco de manera continuada durante la precipitación.

Pongamos por caso la raíz latina BATTŪERE. Ya en su origen dicho infinitivo indicaba la acción de «golpear fuertemente», a la que iba intrínsecamente unida la idea de desprendimiento de ruido producido por el golpe, y de manera continuada, de forma que algunas lenguas romances, como el francés o el provenzal, sólo retienen esta idea como primera acepción del verbo; así, *battre* significa en francés «hacer un ruido repetitivo golpeando (el tambor); hacer movimientos repetidos»⁶.

En el área iberorromance recogemos designaciones del chaparrón relacionadas con esta raíz, aunque probablemente de una forma de participio; así tenemos *batida*, atestiguada en

3 POTTIER, B.: *Semántica y lógica* (versión española de Esther Diamante) Gredos, Madrid, 1983, pág. 263.

4 Hemos comprobado el campo de acción de la traslación del significado para crear nuevos nombres del chaparrón y de la llovizna, consultando diferentes atlas lingüísticos que cubren las áreas lingüísticas iberorromance, galorromance e italo-romance. Destaquemos entre otros por la amplitud geográfica abarcada el *Atlas Linguistique et ethnographique de la France* (ALF), de J. Gilliéron y E. Edmont. Honoré Champion, París, 1906, IX, m. 1977, 1039 y el *Sprach und Sechatlas-Italiens und der Südschweiz* (AIS), de K. Jaberg y J. Jud. Verlagsanstalt Ringier C.º, Zofingen, 1929, II, m. 367, 369, además de los atlas regionales que nos permitieron un registro más detallado para nuestro trabajo.

5 *Diccionario de la Real Academia Española* (DRAE), 19.ª ed., 1970, pág. 405.

6 *Battre*: «faire entendre un bruit répété en battant (du tambour); faire des mouvements répétés». WARTBURG, W. y GILLIÉRON, J.: *Französisches Etymologisches Wörterbuch* (FEW), 2 vol. Tübingen, 1948. pág. 291, vol. I.

Zaragoza, lo mismo que *bátega*, *bátiga*, usual en Galicia, especialmente en las regiones del centro y sur, o la variante *bátega de auga*, frecuente en todo Portugal.

Por otra parte, en el área geográfica española parece ser *batucazo* el sustantivo más extendido, cuyo primer significado es «varear un árbol» que Corominas deriva del aragonés *batojar* y que viene originado por el sustantivo latino vulgar BATTŪCŪLUM: «mazo», formado, claro está, sobre el BATTŪERE que ya hemos visto.

La traslación se produce igualmente en el área galorromance donde —si bien es cierto sin demasiada frecuencia— puede oírse en la región borgoñesa [na batrē], [ên batràs]⁷; en el Jura [ên batrè] o en el Francocondado [oèn batras], que ya introduce en su formación el sufijo colectivo -ACEUS, conservando siempre el lexema que le permite entroncar con la familia que aquí nos ocupa. Lo mismo sucede con las designaciones del chaparrón en Indre, Lot-et-Garonne y región gascona del tipo [aba d yó] [aba d aigoe] y [abat de plèycè] para cuya formación se ha incorporado el prefijo AD- al verbo que posteriormente derivará en sustantivo.

Reconocemos también el proceso en Italia, donde hemos recogido [batirún] como frecuente nominativo para el chaparrón.

A la vista está que la ventaja principal de las traslación es que permite denominar situaciones corrientes transportando la carga anímica que quiera dársele. De todas formas, cualesquiera que sean las causas que produzcan el cambio, debe haber siempre cierta conexión, alguna asociación entre el significado viejo y el nuevo que servirá de canal para el transporte de impresiones, aunque no siempre esta noción sea tan evidente como lo es en nuestro caso.

No queda reducida a derivados de BATTŪERE la creación de nuevos nombres para el chaparrón. Veamos por ejemplo el latín RAMUS, que significaba «rama» y posteriormente «algo en forma de rama». La transformación sufrida por el sustantivo desde su origen hasta las lenguas romances ha ido más lejos en la semántica que en la fonética. Mientras se puede reconocer fácilmente la raíz en las formas que veremos a continuación —no siempre se da el caso—, explicar la nueva acepción de «chaparrón» alcanzada en algunas lenguas romances presenta más problemas, si no pensamos en una sacudida violenta, en un golpe dado con una rama y que, por metáfora, provoque un aguacero, como si de varear el cielo con una rama se tratase.

En este sentido lo tenemos en la región central española y en Aragón, en expresiones tales como *ramo de tronada*, o *ramalazo de tormenta*, ésta última con connotaciones más violentas, no sólo por la inclusión del suficiente -AZO, sino porque por *ramalazo* se entiende un golpe que se da con el ramal⁸, lo que viene a ser como un latigazo, que, a priori, poco tiene que ver con la lluvia.

También en el dominio galorromance la traslación ha sido posible, y con mucho éxito, sobre todo al sur del Loira: recogemos [rāmaðo], [ramasado], [rāma^hklado], [rāma], [rāmu], [rāmēdo], [naṛāmēdo], [una rāme] y toda una enorme gama de variantes fonéticas provocadas por los propios rasgos lingüísticos de las diferentes regiones.

En el área itallorromance existe también [ramá] que puede oírse por todo el país, aunque sin demasiada profusión.

7 Hemos preferido mantener la transcripción fonética del término, porque así lo hemos recogido en nuestras fuentes, los atlas lingüísticos, y también porque no siempre es fácil identificar en la ortografía oficial dicha sucesión de sonidos.

8 *DRAE*, pág. 1.101.

Otro tanto ocurre con derivados de COLPUS, extendido más o menos por toda la Románia, pero que en Italia sólo atestiguamos bajo la forma [kk̥ɔlpu] en la expresión [ki kk̥ɔlpu d'akk̥ua] en Córcega.

Aparece en dominio español, donde es frecuentísimo oír *golpe de agua*, sobre todo al norte, y en el área galorromance como [kop de tēmps] en Gascuña, y ocasionalmente en el norte y centro de Francia.

Nos quedan todavía bastantes más sinónimos de «chaparrón» creados por una traslación de significado de un sustantivo que en su origen sólo hace referencia a un golpe o a la acción de golpear, pero ceñidos a una determinada área lingüística, sin atreverse a traspasar sus límites. Por ejemplo, en Portugal es fácil encontrar *pancada de auga*, que, según Machado⁹, es un derivado de *panca*, más el sufijo colectivo -ATA. Si aceptamos la hipótesis que hace proceder *panca* del lat. vg. *PALANCA, a su vez derivado del griego PHALANX, -NGOS «garrote», estaremos ante un miembro más de nuestra familia.

Esto también sucede con la expresión del Sur español *porrazo de agua*, que aparece como sinónimo de *golpe de agua*, *chaparrón*; el nuevo sustantivo que se forma sobre *porra* < lat. PÖRRUM¹⁰ parece ser una cuestión de expresividad. Paralelamente se recoge *estacazo de agua*, expresión en la que la violencia de la precipitación queda perfectamente evocada, tanto por el sufijo como por el propio sustantivo, derivado probablemente del germánico *STAKKA (id).

Pero si de expresar violencia se trata, nada mejor que el *zorregar* gallego, el cual es posible que esté relacionado con el español *zurriaga*, con supuesto origen en el lat. vg. *EX-CORRIGIATA (id), de CORRIGIA «correa», usual instrumento para golpear¹¹.

Y, por rizar el rizo, tal vez este grupo alcanzase a incluir *zamarrazo*, *zamarrazo de agua*, designaciones del chaparrón bastante extendidas por Andalucía y que debieron de surgir a través de la idea de violencia que se desprende del verbo *zamarrear* (derivado de *zamarra*): «sacudir su presa el perro o una fiera asiéndola con los dientes»¹², por no mencionar la expresividad fonética.

El área galorromance tiene igualmente sus resultados particulares de las asociaciones de significados para crear nuevas designaciones del chaparrón. Baste recordar los derivados de FŪSTIS «bastón», que origina denominativos como [fustijōlo], atestiguada en Alpes-Maritimes, o expresiones del tipo [è fløezðen], [i froèzèn] del Francocondado y que parecen estar relacionados con el verbo *fleira*: «pegar latigazos», «flagelar», derivado de FLAGELLUM < FLAGRUM, «especie de latigo».

Siempre en la misma línea, encontramos en la zona gascona, sobre todo en B.-Pyrénées, *matracado* y *matrassado*, derivadas ambas de *matras* «bastón de guerra», del céltico MATERA. Y todavía en dominio gascón, atestiguamos en Haute-Garonne *trucassado*, *troucasado*, procedentes de *truca*, *trouca* «pegar, golpear fuerte», de un gótico THRUKS «apretón, empujón, choque». Pero más frecuentes aún son los derivados del germánico BRAND

9 MACHADO: *Dicionário etimológico da lingua portuguesa*, 3 vol. 2.ª ed., Libros Horizonte, Lisboa, 1967, pág. 1.741, vol. II.

10 COROMINAS, J. y PASCUAL, J.: *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* (DCECH), 5 vol. Gredos, Madrid, 1980-83. En el vol. IV, pág. 677, 678 se explica la aparición de o por el cruce con el mozárabe PORRA.

11 COROMINAS, J.: *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Gredos, Madrid, 1961, pág. 609.

12 Id. pág. 603.

«espada», que crea designaciones del tipo [brãndido], relacionado con el sustantivo *brandido* que indica una sacudida fuerte o una agitación violenta.

El ámbito del italiano parece ser poco violento, o por lo menos no deber ser la idea de violencia la que prime al pensar en el chaparrón; el caso es que con este sentido hemos recogido solamente [sklãs di plojä] al nordeste, que pudiera estar relacionado con el verbo *schiaffare*, derivado de *schiaffo* «bofetón», de donde el verbo con la acepción de «echar violentamente, lanzar», noción que se retoma para la indicación del chaparrón.

Como la idea de violencia prima como apoyatura para las metáforas que sirven para denominar el chaparrón, la suavidad del fenómeno y, sobre todo, la pequeñez de las gotas de agua que se precipitan prima para crear nuevas designaciones que pueden nombrar la lluvia menuda que cae blandamente: «llovizna».

Por eso no es de extrañar que sean muy fructíferos los verbos que indican acciones por las que los cereales son convertidos en polvo, o al menos se desprende algo en forma de polvo, un cúmulo de finas partículas, como finas son las gotas de la llovizna. Manteniendo esta noción, presentamos raíces que darán lugar a denominaciones en diferentes puntos de la Rumania, y habrá nominativos peculiares de una determinada lengua o región geográfica, pero siempre ligados por esa base común que los hace incluíbles en este apartado.

Así recogimos derivados de MOLERE, en latín «moler», «aplantar el grano bajo la muela de un molino», con este otro sentido de «llovizna» en áreas geográficas tan distantes como Portugal y el norte de Italia.

En esa zona de la Iberorromania encontramos *molinheiro* < lat. MOLINARIŪ y *molinha*, derivado de *molinhar* < lat. MOLINARE, como sinónimos de *chuvisco*, la denominación más habitual entre los portugueses. En cuanto a las muestras recogidas en el norte de Italia, se trata del infinitivo [mulinã] derivado, según creemos, del mismo MOLINARE, verbo que nos pone en contacto con el más elemental proceso de transformación de los cereales.

El latín CERNERE, «separar el grano de su polvillo, dejando caer éste a través de un cribo», ha pasado a las lenguas romances con este significado y con otro secundario que ya adquirió en sus orígenes, «decidir», pero no sabemos que hubiese alcanzado alguna vez el sentido de «llovizna» tal como lo registramos en el dominio del español. En este caso las muestras son *cierne*, sustantivo verbal de *cerner*, muy general en el Sur, sobre todo en Huelva, donde incluso existe *cierne cierne*, con anáfora que asegura la continuidad de la precipitación. Hallamos también expresiones derivadas de la misma raíz en toda la región aragonesa; de manera general se utiliza *agua cernida* y, minoritariamente, *parece que la cernen*, como sustituto del verbo normal en estos casos.

Muy próximo al significado de CERNERE está el de la voz, probablemente prelatina *TAMISIUM, que, como aquella, irá modificándolo hasta llegar al de «llovizna» en algunas lenguas románicas, concretamente, el provenzal *tamiser*, que suponemos origina [tamize] tal como hemos atestiguado en Bouches-du-Rhône, y en friulano la expresión [la vien zo koi tami]o donde nos parece reconocer un derivado del primer sustantivo.

Sin salirnos del círculo que describen estos verbos, que más parecen situarnos en una era que ante un fenómeno metereológico, pasamos al dominio lingüístico del español donde existen expresiones propias como *purgan con una criba*, recogida en Teruel, o el tan generalizado *salvadillo* de Almería, emparentado muy de cerca con *salvado*, sustantivo español que designa las partículas correspondientes a la cascarilla que resultan de moler los cereales y que se desprenden al cerner. Asociaciones éstas bien objetivas, lo mismo que pensar en la

harina, que será estímulo suficientemente gráfico para crear designaciones como *harinilla*, *harinita*. La asociación de significados debe de asentarse sobre la idea de cantidad y aglomeración de partículas, en un caso, y de gotas en el otro, que se desprende de los dos conceptos.

[fāce lu sitattsu] es una expresión que hemos atestiguado en la Basilicata. El sustantivo *sitazzu* que significa propiamente «manejo de cebada, avena, o cualquier otro cereal», está emparentado con *staccio*¹³ < lat. SAETACIUM «cribo para tamizar», lo que nos da pie para encajar aquí el dicho italiano.

Pero más refinada es la metáfora en el [i fnàs], [i fwinàs] de Borgoña, derivado del lat. FENUM. La acepción original es de polvillo que deja el heno sobre el suelo al recogerlo.

Como hemos podido observar, al instrumento o al resultado, pero siempre dentro del proceso, la imaginación popular, —al sentir que los verbos y sustantivos habituales¹⁴ no transmitían toda la carga que se pretendía incluir al mencionar el fenómeno— ha recurrido a lo que más cerca vio para expresar que el agua que llovía caía de manera suave y en pequeñas cantidades.

No ocurre así para hablar de la lluvia expresada de una manera neutra, sin matizaciones de cantidad o modo en la precipitación, por lo que no hemos podido recoger denominaciones nuevas tan originales en su génesis como las que hemos estado tratando.

En cualquier caso nos parece suficiente el abanico aquí extendido para comprobar cómo, según dice Ullmann, «una semejanza casual que capta la vista, una asociación humorística que viene al pensamiento, pueden producir una imagen que, por su adecuación o calidad expresiva pasará del estilo individual al uso común»¹⁵. Buscar una explicación más «científica» que vaya más allá del fondo psicológico de una comunidad de hablantes que buscan un escape para las emociones intensas con que quieren cargar las palabras, estaría aquí fuera de lugar.

Lo que se pretendía era demostrar con el ejemplo que el vocabulario de una lengua es

13 Compárese con el propio español *cedazo*, con idéntico significado.

14 Al hablar de los sustantivos y verbos más habituales para la denominación del fenómeno y de su resultado, nos referimos a las voces que más frecuente y más generalizadamente se oyen en toda la Romania.

No cabe duda que la raíz más recurrida es la latina PLUERE, PLOVIA para verbo y nombre, a las que se añaden diferentes sufijos para expresar la levedad en la precipitación, a la vez que se confiere un ligero matiz expresivo.

En latín ya existía el verbo PLUŌ, -ĪS, PLŪĪ (antiguo PLŪ(U)I, PLUERE, significado «llover», sin matización alguna en la intensidad de la precipitación. La lengua vulgar decía también PLOVŌ, por analogía, y es esta forma a la que remontan los derivados romances. Uno de ellos, pero aún *latiño*, es el sustantivo PLUVIA, que sustituye a IMBER en la lengua popular. Aquel y sus variantes vulgares PLOVIA y PLOIA serán los que originen la mayor parte de designaciones de la llovizna, con una sorprendente variedad en los resultados, desde (y por poner sólo unos cuantos ejemplos) el *chuvisco*, *chuvisqueira*, *chuviscar*, *chuvinha*, *chuvéniscar*, *chuvinhar* del gallego y del portugués respectivamente; *llovizna*, *lloviznilla*, *lloviznar*, *lluvia floja* en español; *plovisqueig*, *plovisquejar*, *plobineig*, *plobinejar*, *plovinyol*, *plugim*, *plovissnar* en catalán; [plwĩŋðē], [plebĩno], [plouzino] generales en occitano. [pločvãš], [pločvãšē] en la región francesa de la Saboya. [pyoevot], [pyoedjot] más al norte, [ã pløeuin] en Borgoña. En italiano lo más generalizado es *piovigginare*, pero no lo único. No queremos pasar por alto otros étimos latinos eficaces generando nuevas designaciones como puedan ser AQUA (*auga miuda*, *auga pateñeira*; *agua fina*, *agua serena*, *aguacerillo*; *aiganhá*, *eiganau*; *acquarella*. ROSCIDŪS, *ROSCIDARE, *ARROSO (*rociar*, [ãros], [rozó], [fuzino]; *rosée*; [to rosi nãbə]). Insistimos, no es esto más que una pequeña muestra de las designaciones que, a partir de un único étimo latino, cubrirán con muchísimas variantes el dominio románico.

15 ULLMAN, S.: *Semántica* (Introducción a la ciencia del significado). (Versión española de Juan Martín Ruiz-Werner). Aguilar, Madrid, 1980, pág. 226.

efectivamente una estructura inestable, en la que a las palabras les resulta muy fácil perder y adquirir, según las necesidades expresivas del hablante, apoyándose únicamente en cierta semejanza entre ambos extremos, y que frecuentemente, como hemos estado viendo, el nuevo significado puede engarzarse tan profundamente en la memoria colectiva que se olvide que en su creación ha intervenido una metáfora y quede plenamente aceptado el nuevo significado de la palabra, sin que apenas se relacione ya con el significado normal, aunque éste no haya desaparecido dentro de su esfera original.